

RESIDUOS DE ESPANTO

PREMIO NACIONAL DE NOVELA BREVE 2013

«AMADO NERVO»

(MENCIÓN HONORÍFICA)

RESIDUOS DE ESPANTO

por

Liliana V. Blum



*F*ICTICIA

MÉXICO
2013

Premio Nacional de Novela Breve 2013 «Amado Neruo», convocado por la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN). El jurado estuvo integrado por Susana Pagano, Elizabeth Vivero y Emiliano Ruíz Parra.

Título original: *Dios los hace*

Título comercial: *Residuos de espanto*

RESIDUOS DE ESPANTO

D.R. © Liliana V. Blum

D.R. © Universidad Autónoma de Nayarit

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Fotografía de la portada: Chris Barnes

Edición: agosto 2013

Universidad Autónoma de Nayarit
Ciudad de la Cultura Amado Neruo
Tepic, Nayarit

Ficticia Editorial

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-032-2

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

ME LLAMO ABIGAIL.....	9
MARTILLOS SIN MAZO	11
NÚMEROS EN SU BRAZO.....	15
MÚSICA PARA SUS PLANTAS	19
PROCURA LAS MENTIRAS.....	23
EXTRANJERO COMO LOS CANGREJOS.....	31
HABLÁNDOLE A UN CACTUS	37
SE BEBEN UN MILAGRO	45
DEL COLOR DE SU MALA HISTORIA.....	51
ESA REGIÓN DE CAOS INFINITO	59
MENTIR CON ÉL.....	65

LA MUERTE ESCURRÍA.....	69
DESTINO MANIFIESTO.....	75
LA ÚLTIMA FUNCIÓN.....	81
GRACIAS A LA AMNESIA	89
PALOMA DE NOÉ	93

*Where there are no words, there memory cannot take root.
For memory is a moral action, a choice.
You can choose to remember, you can choose not to.
Joyce Carol Oates, I am no one you know*

*You ask people about scars, they
tell you a terrible story, a story they
want to tell more than they know.*

Amy Bloom, Away

ME LLAMO ABIGAIL

Soy la nieta de una sobreviviente. No hay referente mayor en mi vida. Nada de lo que haya hecho o de lo que haga en el futuro podrá definirme. Nací protegida por un nuevo contexto histórico: cosecho los frutos de las verdaderas víctimas desde la seguridad de mi hogar. Pertenezco a la raza que Hitler quiso borrar del planeta. No hice nada para merecer la muerte ni tampoco la salvación, pero aquí estoy. No me arriesgo, no corro peligro, pero soy. Lo único que queda es contar su historia. Ese es el trabajo de las hijas, pero yo no tuve madre, así que me corresponde. Narrar. No permitir que la verdad y la memoria se extingan. Después del Holocausto, para quienes no murieron, el mundo fuera de los campos fue erradicado por completo: ya no existía tal cosa como lo simple o lo común. Para estos muertos en vida todo se volvió más que extraordinario, cualquier cosa era un milagro en sí, una improbabilidad: una cuchara, un libro, una frazada, la ropa limpia, un cielo sin explosiones. Ni qué decir de las cosas que los hacían llorar con tan sólo mirarlas: una manzana, un bistec, arroz, vegetales, agua caliente o champú perfumado para baño. Esto lo sé porque mi abuela no se cansaba de repetir que después de lo vivido era imposible regresar a lo ordinario. Ya no había refugio de la potencia cegadora de las cosas: el café recién hecho o la tarta de manzana gritaban ensordecedoramente sus olores, abotagaban sus sentidos. Algo tan normal como unos calcetines o un pedazo de chocolate eran un milagro. Yo fui sólo su nieta: no pertenecía a esa trinidad tan íntima y terrible

que forman el verdugo, la víctima y el testigo. Pero aprendí sin querer las historias de la abuela. Me convertí en su libro, en el archivo de esa parte de su vida.

MARTILLOS SIN MAZO

Esperaba a que trajeran a mi abuela del sitio de donde le harían un estudio para determinar si su cerebro seguía consciente de sí mismo, o bien, si era sólo un ser orgánico indiferente a su propia existencia. Ya nadie dice “estado vegetal”, es políticamente incorrecto, dicen. Como si las palabras fueran más importantes que enterarse de que alguien a quien amas no volverá a despertar jamás. Yo sé que las palabras nunca se pueden aproximar a describir medianamente la realidad. Me consta que a veces las palabras lo son todo, determinan cosas, deciden el rumbo de una vida y, en cambio, en otras ocasiones no son absolutamente nada, herramientas inútiles, martillos sin mazo que no sirven para expresar lo que uno siente. Si mi abuela muriera ahora, yo me quedaría sola en el mundo. Mi soledad sería tan sólida y fría como esta silla metálica en la que estoy sentada.

A mi lado había un hombre obeso cuyo rostro no registraba nada, ni placer ni aburrimiento ni dolor. Era como un sapo en el pantano. Los ojos apenas saliendo del agua, esperando a que llegara una libélula para atraparla con la lengua. Nunca me ha gustado hacer plática con gente que no conozco; suelo ser cortante cuando alguien me habla en el autobús, en el supermercado, en cualquier parte. No sé si soy más desconfiada que tímida o antisocial, pero nunca he iniciado una conversación sobre el clima o cualquier cosa con un extraño. Sin embargo, en esos momentos deseé que aquel hombre me mirara y me preguntara si tenía algún pariente enfermo, que era lo obvio, pero también una buena excusa

para decirle que mi abuela estaba internada, que la había encontrado inconsciente esa mañana, con pulso, pero pálida, y que hablé aterrorizada a emergencias y luego de no sé cuántos minutos mandaron una ambulancia que la trajo hasta acá. No tenía un diagnóstico, sólo angustia y los peores pensamientos, y que necesitaba hablar con alguien. Pero el hombre no me habló, no hizo contacto visual conmigo y yo tampoco pude pronunciar palabra. Tal vez fue lo mejor. Supongo que entre ese hombre y yo no habría ninguna conexión, a pesar de que intercambiáramos algunas frases. Seríamos como dos madres en una fiesta infantil: corteses una con otra, aunque sin poner realmente atención.

Me puse de pie y comencé a andar por el pasillo, mirando las puertas a cada lado, con sus números y con el nombre de los pacientes escritos con plumón negro en un carboncillo horizontal sujeto entre dos piezas metálicas. Me pregunté cuántos de los internos en ese momento en el hospital estaban heridos de gravedad, cuántos se debatían entre la vida y la muerte, cuántos sobrellevaban la muerte crónica y tediosa, cuántos buscaban allí una vida nueva y cuántos eran cuerpos inertes que respiraban aún sobre sus camas. Un aroma a limpiador de pisos y cloro prevalecía sobre otros olores apenas imperceptibles: flores en decadencia, desechos humanos, enfermedad, muerte.

Un nombre me hizo detenerme frente a una de las puertas: *Józef Pasternack*. ¿Qué hacía alguien con ese nombre internado en un lugar como éste, en un país como éste? Mi propio apellido extranjero, la rareza de un nombre de familia que no fuera de ascendencia española, la causa de tantas burlas en la escuela, me había hecho sensible a otros apellidos similarmente inusuales. Dios los hace y ellos se juntan, decía mi abuela. Miré por el pasillo y no vi a nadie; puse la mano sobre la manija de aluminio de la puerta, esperando

encontrarme con la resistencia de un seguro, pero en su lugar un clic bastante discreto me dio paso a la habitación.

En la cama vi a un anciano delgado, mirándome con lo que parecía una sonrisa. Con el brazo que no estaba conectado a un tubo que subía hasta llegar a una bolsita plástica, colgada de un árbol metálico junto a su cama, me hizo un gesto de que pasara. Di unos pasos y cerré la puerta, despacio, silenciosa y avancé hacia la cama. El hombre era un esqueleto cubierto de piel pálida, casi transparente; sus ojos se escondían entre las cuencas profundas y los pómulos angulosos; el cráneo se mostraba desnudo y cubierto de manchas como de un plátano maduro. Al verme, su piel arrugada, con sus pliegues como los de mi abuela, se contrajo en una expresión alegre.

Soy Józef, dijo extendiéndome su mano delgada, con los huesos como los rayos de una bicicleta. Tengo cáncer, nada contagioso y me gusta tener visitas.

Soy Abigail, respondí sin temor a dar mi nombre verdadero, como siempre me sucedía. Tomé su mano fría, pero suave y ligera. Estoy aquí porque recién internaron a mi abuela. No saben qué tiene.

Permanecí inerte por unos segundos, sin saber si despedirme, sentarme o lanzar un comentario solidario sobre el cáncer, o una pregunta ingenua sobre el personal de la clínica. Cuando abrí la boca para decir que debía irme para ver si habían traído a la abuela de sus estudios, vi el número 73 982 sobre el antebrazo de Józef. Era el mismo tatuaje de tinta negra y deslavada, azulosa, con números chuecos, mal trazados por la saña o por la prisa, que tenía Déborah. Es decir, no era el mismo tatuaje, porque los números eran otros, pero al mismo tiempo, eran iguales. Él sintió mi mirada y dijo:

Un recuerdo de hace tiempo.

Mi abuela también tiene uno.

Qué coincidencia, dijo Józef y de nuevo plegó la piel de su rostro en una sonrisa. Me encantaría conocer a tu abuela.

Seguro tendrían mucho qué contarse, dije, asintiendo. Me arrepentí de inmediato de mis palabras, pero estaban dichas.

Seguro que sí.

Un par de golpes en la puerta nos dejó en silencio. Entró una enfermera a revisar el contenido de la bolsa de la que caían gotas a la vena de Józef. La mujer me miró con dureza y me preguntó cuál era mi relación con el paciente. Józef se apresuró a contestar:

Es la nieta de una vieja amiga.

La enfermera suavizó su expresión y me miró apenada. Le dio unos golpecitos con el dedo a la vía intravenosa y sacó el aparato para tomarle la presión a Józef. Su brazo era esquelético y la enfermera batalló para ajustar la tira negra alrededor.

Es que sólo pueden visitarlo familiares o personas autorizadas por el enfermo. Nunca ha venido nadie...

Mi abuela también está internada, dije. Después me acerqué a Józef y apreté mis labios contra su la frente, como haría la querida amiga que se supone que yo era. Regreso después, voy a ver cómo está Déborah.

Salí del cuarto, cómplice de una mentira con un extraño, un sobreviviente del mismo horror del que escapó mi abuela. Pensé en la coincidencia, en eso que decía ella sobre el mundo que era un pañuelito. Sonreí sin querer, con una especie de esperanza agazapada tras mi mente, como si este encuentro pudiera significar algo. Caminé por el pasillo hasta la salita de espera; el hombre obeso ya no estaba. Me dejé caer en la misma silla donde había estado antes. Al verme, la señorita de recepción se puso de pie y caminó hacia mí. Me dijo en voz baja el número de habitación a la que llevaron a la abuela, y me pidió que esperara allí a que regresara el médico para que hablara conmigo.

NÚMEROS EN SU BRAZO

Mi abuela no iba a conocer a Józef. Parecía dormir plácida en la cama, si no fuera por el tubo que salía de su garganta, asistiéndole para respirar, y su brazo conectado a una vía en la que administraban suero y medicamentos cada determinado tiempo. Hasta donde sabían, dijo el médico, no se podría afirmar si estaba consciente e incapacitada, o bien, si se había convertido en un vegetal. No lo dijo así, pero para mí sonó como si lo hubiera dicho. Brutal. La miré y me pareció que tendría frío sólo con ese camisón de hospital y la sábana delgada. Me acerqué y subí la cobija sobre su pequeño y escuálido cuerpo. Toqué sus mejillas con el dorso de mi mano: su piel estaba fría y reseca.

Pero no deje de hablarle, me aconsejó el médico que olía a cigarro y loción de afeitar. Si alguna parte de su cerebro puede procesar el sonido que sus oídos captan, seguramente le alegrará escuchar su voz y saber que está a su lado.

Me dio la mano, una mano suave y humectada, y me deseó suerte poniéndose a mis órdenes para cualquier cosa. Lo vi alejarse por el pasillo, olvidándose seguramente por completo de nuestro caso y cerré la puerta despacio para no hacer ruido. Después me acerqué a la cama y le tomé a mi abuela varias fotos con mi celular. Borré las que no la favorecían y me quedé con una en la que se parecía más a mi abuela y no a una desgastada anciana en estado vegetativo. La besé en la frente y me di cuenta de que no olía a la crema Teatrical que se untaba por las noches desde que llegamos a México. Me senté en una silla y tomé entre mis

manos la suya que no estaba conectada a la vía. Le hablé, tratando de que mi voz fuera clara: hice pausa entre cada oración para darle tiempo de entender.

Abuelita, soy yo, Abigail.

Conocí a alguien como de tu edad.

Tiene cáncer, el pobre.

Es un hombre que tiene mucho en común contigo.

Dice que le encantaría conocerte.

Se llama Józef.

Tiene números en su brazo.

¿Puedo hablarle de ti?

¿Tienes frío o así estás bien?

La abuela no dijo nada. Tampoco parpadeó ni apretó mi mano como sucede en las películas en casos parecidos. Volví a arroparla y pensé en las veces en que ella me arropó, sentada en la orilla de mi cama, acariciando mi frente y tratando de desentrañar el mundo para mí. Todas las noches me hablaba de mi padre para que yo no fuera a olvidarlo o a mirarlo como a un extraño la próxima vez que apareciera en casa. Otras veces me contaba fragmentos de su pasado o bien, los sucesos del día. Un gato que se comió una paloma, una vecina que peleó con otra, un embarazo no deseado de la hija de no sé quién. En ocasiones contestaba mis dudas o escuchaba mi hablar incesante de niña.

Voy a estar aquí contigo hasta que volvamos a casa, le dije. Excepto en las mañanas, pero vendré en cuanto terminen mis clases.

Salí del cuarto de mi abuela y me dirigí al de Józef. Me dolía la garganta y me ahogaban las ganas de llorar. Necesitaba contarle a alguien que mi única familia era Déborah y ahora estaba dormida. Deseaba decirle que no sabía que iba a pasar, que me sentía sola y que las relaciones con mis colegas maestras en la universidad y con un par de amigas

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAYARIT

C.P. Juan López Salazar

Rector

Dr. Cecilio Oswaldo Flores Soto

Secretario General

M. en C. Jorge Ignacio Peña González

Secretario de Docencia

Dr. Rubén Bugarín Montoya

Secretario de Investigación y Posgrado

C.P. Marcela Luna López

Secretaria de Finanzas y Administración

M. en C. David Miguel Ángel Acosta Cruz

Secretario de Vinculación y Extensión

M. en C. Ricardo Chávez González

Secretario de Educación Media Superior

Ing. Arturo Sánchez Valdés

Secretario de Servicios Académicos

«RESIDUOS DE ESPANTO»

DE LILIANA V. BLUM

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN SEPTIEMBRE DE 2013

EN LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.

CERRO TRES MARÍAS NO. 354,

COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.